

*En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba, se acercó un jefe de los judíos que se arrodilló ante él y le dijo: «Mi hija acaba de morir. Pero ven tú, impón tu mano sobre ella y vivirá». Jesús se levantó y lo siguió con sus discípulos. Entre tanto, una mujer que sufría flujos de sangre desde hacía doce años, se le acercó por detrás y le tocó la orla del manto, pensando que con solo tocarle el manto se curaría. Jesús se volvió y, al verla le dijo: «¡Animo, hija! Tu fe te ha curado». Y en aquel momento quedó curada la mujer. Jesús llegó a casa de aquel jefe y, al ver a los flautistas y el alboroto de la gente, dijo: «¡Retiraos! La niña no está muerta, está dormida». Se reían de él. Cuando echaron a la gente, entró él, cogió a la niña de la mano, y ella se levantó. La noticia se divulgó por toda aquella comarca.*

El evangelio de hoy nos presenta a Jesús haciendo dos curaciones. Devuelve la vida a la hija de un personaje suplicante y arrodillado delante de él. Cura igualmente a una mujer que se le acerca “pensando que con solo tocarle el manto se curaría”.

Jesús sigue haciendo milagros. Cada hora, cada minuto, cada segundo realiza a lo largo de toda la humanidad el milagro de adentrarse en el corazón, en la vida de todos los que se seguimos, cumpliendo su promesa: “Yo estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos... no os dejaré huérfanos”.

Justamente Jesús “inventó” la Eucaristía para regalarnos su presencia real: Aquí tenéis, “mi cuerpo entregado, mi sangre derramada”. Podemos decir que Jesús es la Eucaristía. “El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo él”. El amor infinito que nos tiene, le lleva a realizar el milagro de regalarnos su continua presencia, que es la que nos cura y nos salva.